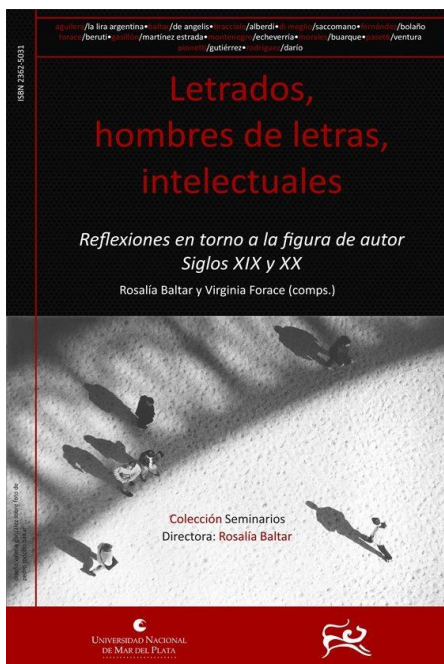


Reseñas/CeLeHis

Año 3, número 8, diciembre-marzo 2016/2017

ISSN 2362-5031



**Rosalía Baltar y Virginia Forace (Compiladoras)**  
*Letrados, hombres de letras, intelectuales. Reflexiones en torno a la figura de autor, siglos XIX y XX*

Mar del Plata

Universidad Nacional de Mar del Plata (Colección “Seminarios”). E-book disponible en:

<http://fh.mdp.edu.ar/ebooks/index.php/fh/catalog/book/3>

2016

135 páginas

Mariana Rosetti<sup>1</sup>

### Suspender toda certeza: la autoría incómoda del hombre de letras

¿Qué significa ser un letrado o un intelectual? ¿Quiénes podían y pueden ser hombres de letras? ¿Desde qué lugares se expresaron estas figuras? ¿Qué discursos articularon estos escritores y de qué formas dialogan estas expresiones culturales con la polémica? Fundamentalmente: ¿qué tipo de autoría o identidad textual manejaron estos sujetos ubicados en el borde o en el “límite del texto” (Forace 2016: 13) político, literario, periodístico y burocrático?

Estas preguntas suelen ser evitadas por los estudios literarios e histórico-culturales por relacionarlas con un carácter

esencialista y que este libro analiza, cuestiona y pone en jaque a través de un trabajo minucioso de desarme de lecturas críticas consolidadas que inmovilizaron la voz y los juegos enunciativos de los hombres de letras. En palabras de Rosalía Baltar, este libro se presenta como respuesta a una “curiosidad intelectual” deseosa de ampliar los recorridos que se iniciaron en la redacción de su tesis doctoral. A su vez, su investigación se enriqueció con los aportes del seminario de posgrado que ella dictó en la Facultad de Humanidades de Mar del Plata, instancia actualizada en la participación

<sup>1</sup> Profesora y Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Becaria doctoral de CONICET e investigadora del Instituto de

Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Buenos Aires. Mail de contacto: [marurosetti@gmail.com](mailto:marurosetti@gmail.com)

colectiva de unas jornadas críticas.<sup>2</sup> El trabajo de investigación minucioso sobre la producción intelectual de los hombres de letras –este pensador intachable, ese escrito fundacional, aquella novela polifónica– es el procedimiento por excelencia que guía las lecturas de esta obra. De esta forma, los ensayos críticos presentes dialogan en su necesidad de ampliar las sinédoques, citas o frases que resumen la autoría de los hombres de letras seleccionados; todos estos artículos estipulan una lectura sintagmática que facilita una reflexión que lejos está de considerar la evolución del letrado al intelectual. Por el contrario, la forma y el procedimiento narrativo de estos artículos se corresponden de forma coherente con el contenido y el propósito de este libro tendientes a evidenciar las correspondencias de problemas comunes entre los escritores del siglo XIX y el siglo XX en lo que respecta a su función incómoda e inestable de autor.

Los ensayos críticos de esta obra indagan sobre las metáforas del hombre de letras como lente, lupa y espejo de la realidad al mostrar el detrás de bambalinas de la homogénea *ciudad letrada* de Ángel Rama (1984). De manera precisa, estos estudios revelan las estrategias retóricas que sustentan los discursos políticos y culturales y, sobre todo, evidencian las luchas de los escritores y pensadores ubicados a mitad de camino entre la plaza pública y el gabinete, entre el periódico cosmopolita y los paisajes de cultura europeos (Ramos 1989), entre la regularidad de los discursos canónicos y la prosa vacilante contemporánea. Los doce artículos de este libro insisten en la gran

dificultad que implicó para estos hombres de letras auto-configurarse como referentes culturales y sociales. La labor simbólica del poder burocrático ejercido por los letrados criollos del siglo XIX así como también el compromiso social de los intelectuales del siglo XX no son planteados como punto de llegada, como resultado de los hombres de letras que escriben *en* o *para* Sudamérica. Por el contrario, lo que prevalece en los casos analizados en este libro son los “relámpagos polémicos” o fogonazos del recorrido de la carrera intelectual de ciertos escritores, camino sinuoso lleno de obstáculos y edificado en base a desafíos hacia la escritura neoclásica, romántica e histórico-política que buscó en la literatura algo más que ser la narración realista, espejo del camino social.

Tanto el prólogo a cargo de Rosalía Baltar como el artículo de Gasillón retoman las observaciones de Carlos Altamirano sobre la importancia del rol de los intelectuales del siglo XX como grupo ético que debía erigir a través de su escritura sujetos cívicos modélicos, “actores del debate público, el intelectual como ser cívico” (Altamirano 2010: 9). El lugar de extrema visibilidad y de configuración cívica generó un compromiso social con el que los escritores y pensadores del siglo XX entraron en crisis. Así, se destacan las observaciones de Gasillón sobre Martínez Estrada, de Fernández sobre Bolaño, de Di Meglio sobre Saccomano y de Morales sobre Buarque. Estas lecturas reflexionan sobre los escritos de autores contemporáneos que desafiaron los discursos canónicos culturales y que lo

---

<sup>2</sup> Baltar lo plantea como un modo de ampliar su biblioteca y lo estipula como un ejercicio de lectura crítica colectiva: “[...] del seminario pasamos a las V Jornadas Críticas. Letrados, hombres de letras,

intelectuales. Reflexiones en torno a la figura de autor. Siglos XIX y XX, celebradas en Mar del Plata, los días 6 y 7 de julio de 2012 y de allí, a este libro” (4).

hicieron a través del alejamiento de una escritura documentalista o realista. Estos artículos resignifican el concepto del “letrado incomprendido por su época” y lo entienden, como bien lo argumentó Gasillón, como un legado o lucha contra el olvido: “los pensadores comprendidos o interpretados con rapidez, en realidad, no logran construir una obra de renombre” (101). El *renombre* está en el estudio de esta crítica ligado al concepto de *rareza* de Agamben (2008) que destaca la voluntad del intelectual de no adaptar su producción a las pretensiones de su tiempo, posicionamiento que le permite configurar una cualidad interpretativa diferencial para entender los problemas que lo rodean. Es que esta cualidad de rareza expresiva se observa en el carácter del intelectual intruso de Bolaño (como lo analiza Fernández para el caso de Bolaño), o en la articulación de una memoria histórica anómala (como concibe Di Meglio la narrativa de Saccomano), o en la prosa vacilante, plagada de interferencias musicales y ritmos interdisciplinarios (como Morales piensa, de manera muy bella, la escritura de Buarque).

La cualidad de rareza expresiva le permite a Rodríguez analizar la configuración a fines del siglo XIX del escritor-artista en la escritura de Rubén Darío, figura que se inserta en el contexto del modernismo literario hispanoamericano y que se diferencia de las figuras de autoría del pensador y del letrado del siglo XIX. La autoría del escritor-artista se ligó a la emergencia de un mercado de bienes simbólicos que requirió de una escritura fluida entendida como el producto de un diálogo entre la literatura y los distintos discursos y técnicas que se expandieron en el ámbito urbano europeo y norteamericano. Las crónicas modernistas destacaron así los vínculos entre la crónica periodística y la

arquitectura urbana (como se ve en las crónicas de Rubén Darío por París o de José Martí por la ciudad de Nueva York); la literatura y el diálogo con la pintura (presentes en las crónicas de Casal o de Darío); o, como bien lo trabaja Rodríguez, la impronta e influencia de la industria gráfica en la escritura cronística de Rubén Darío en sus envíos para el diario *La Nación*. En palabras de Rodríguez: “la industria gráfica contribuye a alterar, distorsionar y exagerar los eventos diplomáticos frente a la opinión pública” (87). Esta distorsión generó una ampliación del público consumidor de bienes culturales y la superposición de la imagen tecnificada sobre la imagen pictórica (el daguerrotipo sobre el retrato; la reproducción y apropiación de la imagen sobre la presencia aurática del retrato en la exposición del museo). Rodríguez articula esta cualidad de rareza expresiva ligada a la diferenciación y especialización del escritor hispanoamericano a fines del siglo XIX y la justifica como desplazamiento (de la técnica con respecto a la imagen pictórica; del modernista o escritor-artista con respecto al letrado o pensador).

Esta cualidad moderna – modernista– es, sin embargo, analizada en todos los ensayos críticos de esta obra que recorren y contextualizan el sentimiento de incomodidad o efecto de lectura que implicó para la sociedad que el hombre de letras ampliara, desatara el discurso documentalista para plantear los beneficios de una memoria histórico-comunitaria. Memoria narrativa que, como bien lo señalan Baltar, Forace, Aguilera, Pasetti y Bracciale Escalada implicó la “ampliación y literaturalización del proceso escriturario administrativo” (14). Memoria pensada como un descentramiento de la escritura administrativa que habilitó la autoría de un

polígrafo o fabulador como De Angelis que trasladó un quehacer escriturario adquirido en su participación en la *Biographie Universelle* francesa (Baltar) a la erección de biografías de impronta rioplatense. Escritura como resistencia al silenciamiento obligado del esclavo, como lo destaca Pasetti en su análisis de los escritos del negro Jacinto Ventura de Molina. Labor traductora del autor que debe hacer asequible el hecho histórico para el público (como bien lo trabajan Forace para la escritura testimonial de Berutti y Bracciale Escalada, para la escritura teatral de Alberdi).

Es que esta obra crítica analiza el destiempo de la escritura de ciertos hombres de letras (letrados, pensadores, escritores-artistas) que despliegan su autoría incómoda a través de polémicas y de “procesos de animalización” del enemigo político y cultural (Baltar 2012: 148). Esa “malformación teórica” (como bien lo trabaja Montenegro para Echeverría) o “rebelión inútil” (como Gasillón recupera de las apreciaciones de Sebreli sobre la labor de Martínez Estrada) es el prisma crítico a través del cual los autores de este libro harán sus aportes sobre la materialización de una autoría diferencial de los escritores elegidos. A su

vez, este prisma o “espejo sucio de la realidad” (Baltar 2016) invita a una lectura que suspende toda certeza sobre la labor mimética o modélica del hombre de letras para poner el ojo en los reverses de la trama histórico-política, en el caos de la escritura modernista o contemporánea.

En el año 1997, la editorial Biblos publica una antología crítica del escritor e intelectual Noé Jitrik cuyo título fue *Suspender toda certeza. Antología crítica (1959-1976)*. Esta publicación contó con la edición, selección y el prólogo de los investigadores Gonzalo Aguilar y Gustavo Lespada quienes destacaron y titularon la obra en base a la cita de Jitrik: “no hay realmente lectura cuando la relación con un texto no provoca una suspensión de las garantías de certeza” (1997: 9). Esta cita liga el trabajo del crítico literario con la suspensión de la seguridad de lo conocido y lo obliga al diálogo interdisciplinario entre la literatura, el periodismo, la historia, la pintura, la música. Observamos esta forma de leer suspendida y crítica en la escritura de los autores seleccionados por el libro de Baltar y su equipo de trabajo quienes nos brindan casos que desafían los muros de la supuesta impenetrabilidad de la *ciudad letrada* criolla de Ángel Rama (1984).